



CON lo tranquilo que vivía Vicente, entre su éxito con el equipo de fútbol de España —nada de “la roja”—, y los reconocimientos que viene obteniendo, no debe tener un día de sosiego. Por si le faltaba algo, el Rey nos lo hace Marqués. No del *tiqui-taca*, como ya comentó ayer alguien con mal gusto, sino Marqués de Del Bosque. Los otros tres protagonistas del póker de marquesados son Vargas Llosa, el que fuera catedrático de Derecho Mercantil en Salamanca don Aurelio Menéndez, y Villar Mir (con consuegro Palacios, arraigado en estas tierras). Frente a quienes se van a poner las botas criticando la Monarquía, a Su Majestad, su prerrogativa de otorgar títulos nobiliarios, y al propio Vicente —“con lo sencillo que era”—, personalmente afirmo: ¡Ya era hora! Quiero decir que si Don Juan Carlos de Borbón, entre las pocas funciones constitucionales que le otorgamos, posee la de “conceder honores y distinciones” (artº 62-f), hay que reconocer que la ha administrado austeramente y con sabiduría. Nadie ha discutido el Toisón de Oro otorgado al “salmantino” Víctor García de la Concha hace unos meses.

Vicente atesoraba ya, hace mucho tiempo, “la nobleza natural de los mejores”, como la definió Jesús Aguirre en una conferencia espléndida en Salamanca, inaugurando la exposición de la Casa de Alba. Pero ¿qué venía haciendo “la prima Lilibeth”? (así es como el Jesús de las pedanterías llamaba a la reina Isabel de Inglaterra, emparentada con su esposa la duquesa de Alba). Pues Su Majestad Británica otorgó el primer título de Sir a un deportista en 1953, y fue para el neozelandés Edmund Hillary, por ser el primero en coronar el Everest. Luego han

CALLE DEL DESENGANO

## La nobleza de un futbolista

ALBERTO ESTELLA



### Vicente del Bosque es el primer deportista español al que la Corona concede un título nobiliario

sido decenas los *sportman* británicos reconocidos con el mismo título de la Orden del Imperio, junto a los Beattles o Elton John: el golfista Faldo (inferior a nuestro Ballesteros), el piloto de Fórmula Uno Hamilton (no superior al español Alonso), y muchos futbolistas, entre ellos el gran Bobby Charlton, Lineker, Beckham o el actual 8 del Liverpool, Gerrard. Ninguno de ellos ha hecho a la selección inglesa campeona del mundo de fútbol.

Me cuenta mi entrañable ex jefe y ex ministro, Jaime Lamo de Espinosa —aristócrata y de la Diputación de la Nobleza—, una reciente conferencia del hijo mayor de doña Cayetana, Fernando, duque de Aliaga, sosteniendo que la Monarquía española de la Edad Media reconocía a los guerreros; más tarde concedió títulos nobiliarios a los validos y diplomáticos; en el XIX empezó con los políticos; y en el XX y XXI está distin-

guiendo a los humanistas e intelectuales. Vicente del Bosque es el primer deportista español al que la Corona concede un título nobiliario. Acabo de oírle en televisión unas declaraciones sosegadas que acreditan su nobleza natural: el Rey ha querido premiar en mi persona el título mundial de fútbol; es una responsabilidad añadida; hay que intentar ser cada día mejor... Palabras de un hombre sencillo al que hemos cubierto de elogios, y no solo por el campeonato, desde su patria chica hasta las antípodas. ¿Puede extrañar a alguien que la Corona distinga a quien ha logrado, con un formidable equipo, ennoblecer los colores de nuestra enseña nacional —antes desdeñada, cuando no ultrajada—, desde el más modesto villorrio hasta las televisiones de todo el orbe? Recordemos que

el origen de los marquesados fue premiar la defensa y administración de la “marca hispánica”, entonces la frontera con el mundo musulmán (por cierto, que el primer marqués español de la historia fue el de Villena, que Cervantes mete en “La Cueva de Salamanca”, de la que salió como pudo huyendo del demonio). En el siglo XXI, ¿qué mejor marca que la “marca España”, que algunos ignorantes o antipatriotas se empeñan en devaluar?

Otro “salmantino” distinguido por la Corona fue Adolfo Suárez, al que Don Juan Carlos I otorgó el título de Duque de Suárez, con Grandeza de España. Aquel presidente con el que tuve el irrenunciable honor de colaborar durante la difícil Transición, se licenció en Derecho por la Universidad de Salamanca justamente hace medio siglo, aunque en su actual infortunio, ay, no pueda recordarlo. Otros lo haremos por él.